

PAUL AUSTER

La llama inmortal
de Stephen Crane

 Seix Barral

Paul Auster

La llama inmortal
de Stephen Crane



**SU VIDA FUE FUGAZ.
SU MITO, ETERNO.**

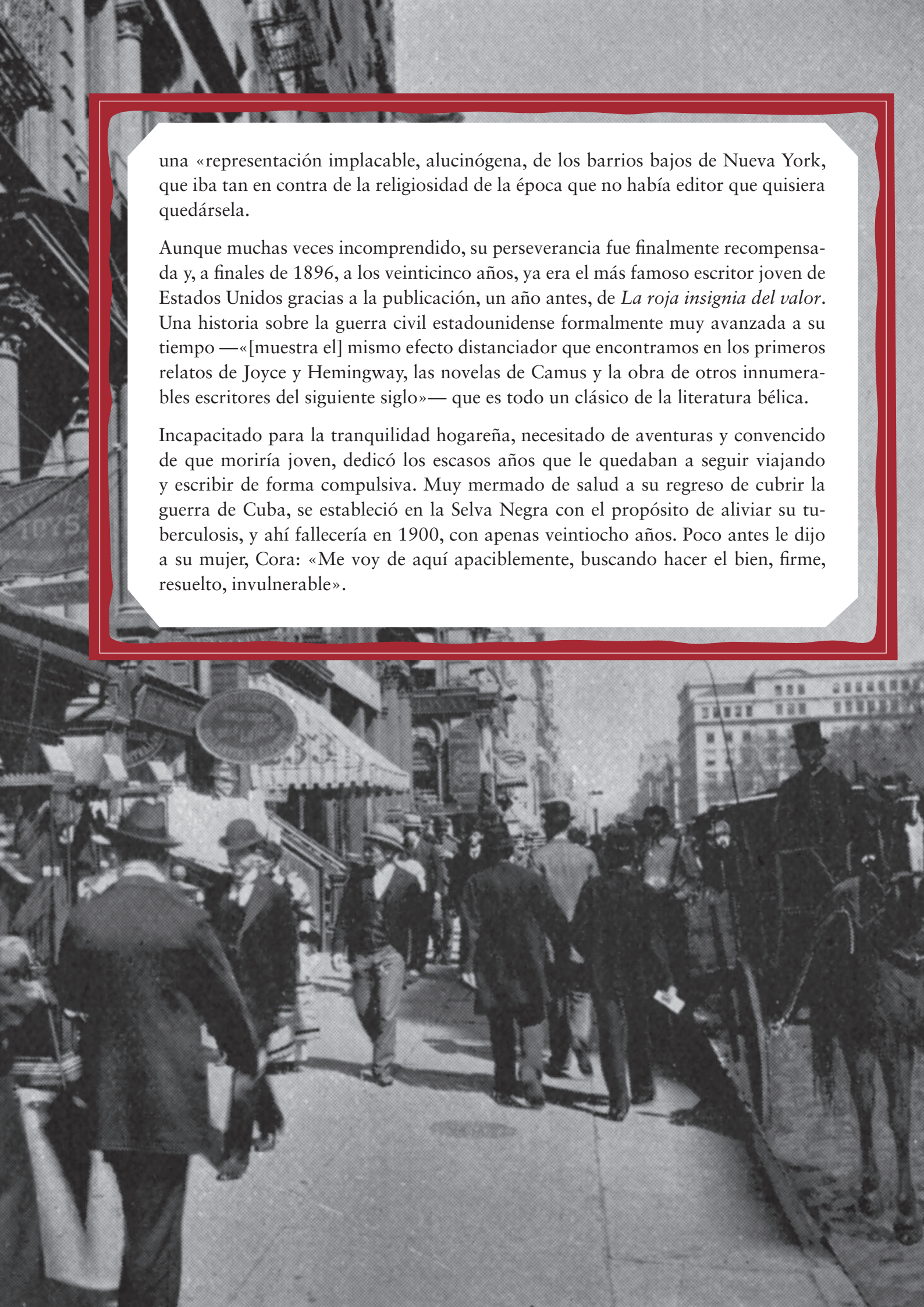
 Seix Barral

SEMBLANZA DE STEPHEN CRANE

Stephen Crane (Newark, Nueva Jersey, 1871-Badenweiler, Alemania, 1900) es una de las mayores glorias de la literatura y del periodismo estadounidenses del siglo XIX. De una versatilidad y capacidad de trabajo asombrosas, cultivó la novela, la novela corta, el relato, la poesía, el reportaje, el artículo, la crónica y el esbozo, abriendo nuevas posibilidades expresivas y formales en cada uno de estos géneros. Es por eso por lo que Paul Auster sostiene que «la obra de Crane [...] rehuyó las tradiciones de casi todo lo que se había producido antes de él. Fue tan radical para su tiempo que ahora se le puede considerar el primer modernista norteamericano, el principal responsable de cambiar el modo en que vemos el mundo a través de la lente de la palabra escrita».

Criado en el seno de una familia numerosa y metodista, dio muy tempranas muestras de poseer un don especial para la escritura, empezando a firmar crónicas de sociedad de tono satírico para la agencia de noticias de uno de sus hermanos siendo todavía un adolescente. Arrancaba así una carrera fulgurante e intensa, hambrienta e inquieta, marcada por el arrojío, las turbulencias y la innovación. Un carácter único que alumbró un corpus intransferible. «Me encontré tan fascinado por la frenética y contradictoria vida de Crane como por la obra que nos dejó —señala el autor de *La trilogía de Nueva York*—. Fue una vida extraña y singular, llena de riesgos impulsivos, marcada con frecuencia por una demoledora falta de dinero así como por una empecinada e incorregible entrega a su vocación de escritor, que lo arrojaba de una situación inverosímil y peligrosa a otra.»

Imbuido de un férreo código moral que lo llevaba a querer explicar las cosas desde la experiencia más directa y la visión más honesta posibles, no dudó en pasar hambre y penurias y en poner su vida en juego como periodista, llegando a ejercer de corresponsal de guerra en lugares como Grecia y Cuba. Igualmente abordó la ficción desde postulados inéditos, por sistema en contra de las convenciones temáticas y estilísticas de su época. Ya en su primera novela, *Maggie*, apostó, según Auster, por



una «representación implacable, alucinógena, de los barrios bajos de Nueva York, que iba tan en contra de la religiosidad de la época que no había editor que quisiera quedársela.

Aunque muchas veces incomprendido, su perseverancia fue finalmente recompensada y, a finales de 1896, a los veinticinco años, ya era el más famoso escritor joven de Estados Unidos gracias a la publicación, un año antes, de *La roja insignia del valor*. Una historia sobre la guerra civil estadounidense formalmente muy avanzada a su tiempo —«[muestra el] mismo efecto distanciador que encontramos en los primeros relatos de Joyce y Hemingway, las novelas de Camus y la obra de otros innumerables escritores del siguiente siglo»— que es todo un clásico de la literatura bélica.

Incapacitado para la tranquilidad hogareña, necesitado de aventuras y convencido de que moriría joven, dedicó los escasos años que le quedaban a seguir viajando y escribir de forma compulsiva. Muy mermado de salud a su regreso de cubrir la guerra de Cuba, se estableció en la Selva Negra con el propósito de aliviar su tuberculosis, y ahí fallecería en 1900, con apenas veintiocho años. Poco antes le dijo a su mujer, Cora: «Me voy de aquí apaciblemente, buscando hacer el bien, firme, resuelto, invulnerable».

LA AMÉRICA DE STEPHEN CRANE

La tan breve como agitada vida de Stephen Crane se enmarca casi de forma literal en el último cuarto del siglo XIX, un periodo lleno de cambios profundos e inventos excitantes que ponen las bases de una realidad vertiginosamente distinta a aquella con la que habían estado familiarizados los individuos que habían vivido apenas unas décadas antes. Escribe Paul Auster que «entre las cosas nuevas que surgieron en el mundo durante esos años, una lista parcial incluiría las siguientes: el alambre de espino, las orejeras, el silo, los pantalones vaqueros, el suspensorio, el mimeógrafo, el teléfono, la pila seca, el fonógrafo, el funicular, el ketchup Heinz, la cerveza Budweiser, la Liga Nacional de clubs de béisbol profesional, la caja registradora, la máquina de escribir, la bombilla de luz incandescente, la escoba mecánica...». El listado sigue y sigue hasta cerrar con «la cámara cinematográfica portátil, el proyector de películas, el control remoto, el motor de combustión interna, el matamoscas, la chincheta y el algodón de azúcar».





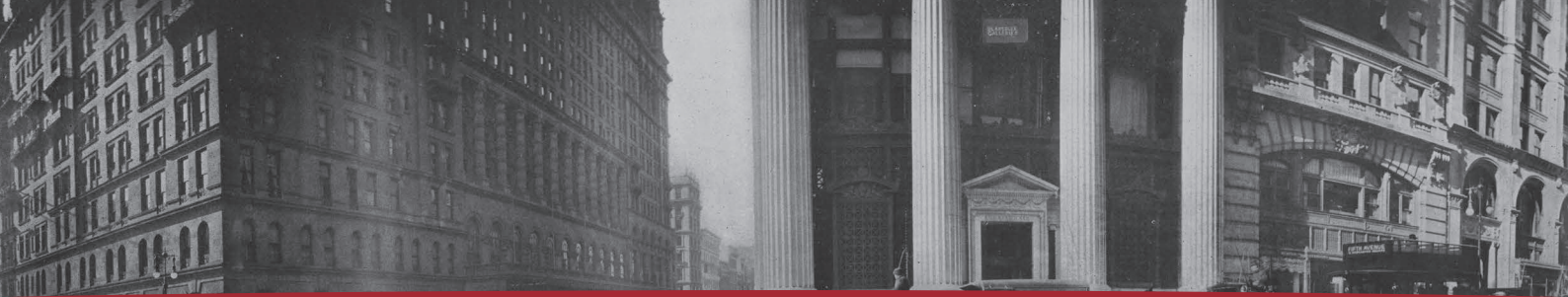
El nacimiento de una nación

En paralelo a toda esta retahíla de aportaciones que fueron expandiendo las posibilidades de la sociedad, la patria de Crane atravesó transformaciones estructurales de calado, si bien no se resolvieron enormes conflictos que aún a día de hoy siguen desestabilizándola. «Entre el asesinato de Abraham Lincoln y el de William McKinley, ocurrido en septiembre de 1901 y que condujo a la presidencia de Theodore Roosevelt (en un tiempo amigo y ferviente lector de Crane y después enemigo implacable), Estados Unidos vivió un largo periodo de crecimiento, turbulencias y fracaso moral en el que, de país atrasado y aislado se transformó en potencia mundial, pero sus dirigentes eran en general ineptos, corruptos o ambas cosas, y los dos grandes crímenes enquistados en el Experimento Norteamericano —la esclavización de africanos negros y la aniquilación sistemática de los pobladores originales del continente, un inmenso despliegue de culturas agrupadas bajo el mismo epígrafe de indios— nunca se han tratado ni reparado como es debido, y aunque se hubiera abolido la esclavitud, los esfuerzos de reconstrucción de la posguerra fueron debilitándose hasta que en 1877 quedaron en nada.»

La conquista del Oeste

A nivel interno, durante este periodo tuvieron lugar desplazamientos migratorios masivos. De este modo, «el Oeste, escasamente poblado, iba llenándose de colonos blancos, grandes cantidades de chinos cruzaban el Pacífico en busca de trabajo en California y las ciudades industrializadas de la Costa Este absorbían millones de inmigrantes de todas partes de Europa, mano de obra barata muy necesitada para trabajar en fábricas, fundiciones, minas y talleres clandestinos. Las condiciones eran duras para todos».



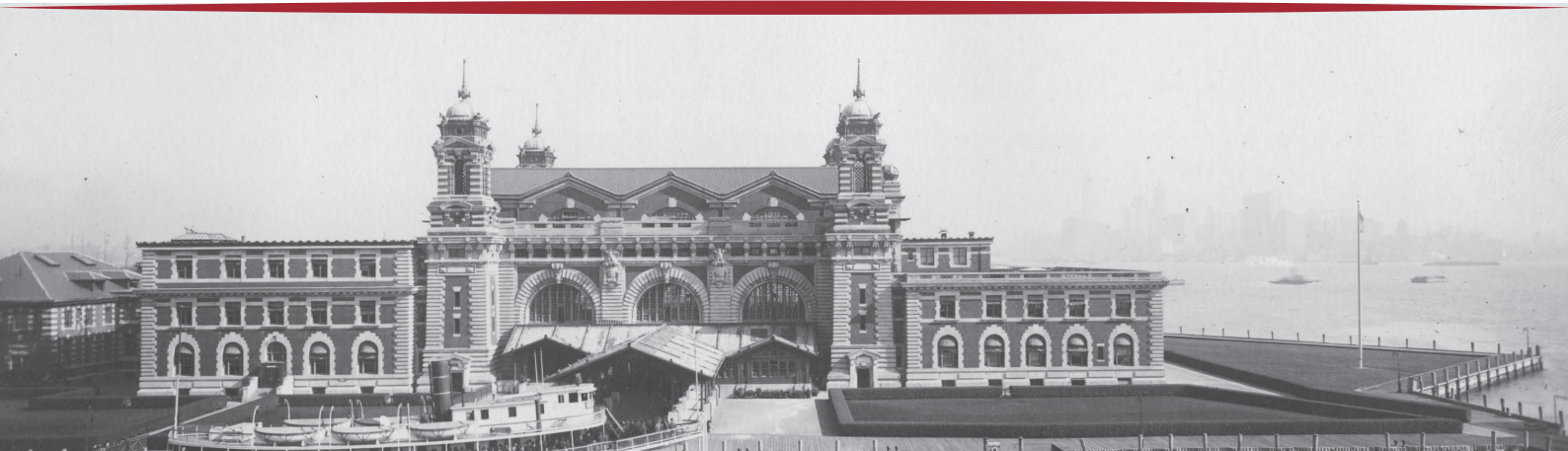


La nueva potencia mundial

A nivel externo, el conflicto de Estados Unidos con España supone la primera aventura militar de la nación desde la guerra civil, poniendo las bases de una política exterior agresiva que da sus primeros frutos con la apropiación de Puerto Rico y Guam, la liberación de Cuba y la guerra de Filipinas. «A partir de entonces —sostiene Auster—, los países de Europa y Asia verían a Estados Unidos como una fuerza a tener en cuenta, una potencia mundial. Al cabo de unos años, automóviles y aviones llenarían las carreteras y los cielos de Norteamérica, pero fue justo entonces, veinte meses antes de que acabara el siglo xx, cuando se asentó el concepto moderno de Estados Unidos.»

La edad de oro de la prensa

Desde un plano más concreto, la trayectoria profesional de Crane se vio impulsada por la edad de oro de la prensa de gran tirada. Solo en la ciudad de Nueva York circulaban dieciocho periódicos, a los que había que sumar diecinueve en las más variadas lenguas extranjeras. En este momento histórico se produce el boom de la prensa amarilla y se da la curiosa circunstancia que nuestro autor fue reclutado por las dos cabeceras más populares y que mantenían una enconada rivalidad por la caza del lector: el *Journal*, de William Randolph Hearst, y el *World*, de Joseph Pulitzer. Auster nos recuerda también que el éxito de esta fórmula periodística basada en una batalla encarnizada por aumentar las tiradas tuvo como consecuencia el nacimiento del culto a la fama, un fenómeno del que Crane llegó a ser víctima. De lo que no pudo beneficiarse el autor fue de los réditos económicos derivados de los premios literarios ni del hecho de impartir talleres de narrativa, dos fuentes de ingresos que le habrían ido de perlas dada su sempiterna fragilidad económica pero que aún no se habían incorporado al sistema literario del país.





DIEZ HECHOS LLAMATIVOS SOBRE STEPHEN CRANE

- 1** Al modo de un presagio sobre su corta vida, Crane nació el Día de los Difuntos.
 - 2** Su ritmo de trabajo y la calidad del mismo fue sobrehumano, en ocho años y medio escribió la obra maestra *La roja insignia del valor*, dos novelas cortas, cerca de tres docenas de relatos, dos recopilaciones de poemas y más de doscientos artículos periodísticos.
 - 3** Crane tuvo que pagar de su bolsillo la impresión de *Maggie* en 1893 y desembolsó mucho más de lo debido.
 - 4** La celebridad que le trajo la publicación de *La roja insignia del valor* tuvo una escala solo comparable, como señala Auster, con el éxito de F. Scott Fitzgerald en 1920 con *A este lado del paraíso*.
 - 5** Crane trabó una sólida amistad con Willa Cather y Joseph Conrad. También estrechó lazos con Henry James, H. G. Wells y Ford Madox Ford.
 - 6** Su denuncia de los abusos de la policía de Nueva York y su decisión de defender el honor de una prostituta en los tribunales derivó en una campaña de desprestigio y acoso por parte del cuerpo policial de la ciudad que lo obligaron a exiliarse en 1896.
 - 7** El escritor casi murió ahogado en un naufragio ocurrido frente a las costas de Florida en 1897, experiencia traumática que volcó en el relato «El bote abierto».
 - 8** La faceta poética de Crane inspiró los títulos de tres novelas de grandísimos colegas suyos: *En un lugar solitario* (1947), de Dorothy B. Hughes; *En busca de una víctima* (1954), de Ross Macdonald, y *Because is Bitter, and Because it is My Heart* (1990), de Joyce Carol Oates.
 - 9** Mientras la salud le fue favorable, demostró unas condiciones atléticas sobresalientes. Fue un consumado jugador de béisbol y... ¡balonmano!
 - 10** El cadáver de Stephen Crane «fue depositado en la funeraria que ocupaba el número 82 de Baker Street, casi enfrente del 221b, la dirección de la casa inexistente en la que presuntamente vivía y trabajaba el imaginario detective Sherlock Holmes.
-

ENTREVISTA A PAUL AUSTER

¿Cuáles fueron las principales motivaciones que lo arrojaron a un proyecto de semejante envergadura? ¿Hablamos de un libro que llevaba en mente mucho tiempo?

Imposible decirlo —siempre es imposible—. Porque quise, me imagino. Pero ¿por qué quise? Nunca he sido capaz de dar respuesta a esta cuestión para ninguno de mis libros. En lo que respecta a Crane, no se me había pasado por la cabeza escribir sobre él hasta que me puse a releerlo uno o dos meses después de terminar *4 3 2 1*. Cayó en mis manos *The Monster*, que no había leído, y me impresionó tanto que me puse a leer más y más cosas de él, reparando en que era un escritor tan extraordinario como profundamente infravalorado (no poco reconocido, sino insuficientemente leído y comprendido). De manera que, tras varios meses de inmersión profunda en su trabajo y seguidamente en su vida, decidí que escribiría algo acerca de él. Será un libro corto, me dije a mí mismo, no superará las doscientas páginas. Las cosas se torcieron por el camino...

El hecho de que ambos nacióéramos en Newark, que ambos fuéramos entregados jugadores de béisbol en nuestra juventud y que ambos hubiéramos escrito poesía, ficción y no ficción no tuvieron nada que ver en mi decisión. A lo largo de toda la escritura del libro me fui preguntando por qué lo hacía y la única respuesta que obtuve fue que Crane era Ferguson 5, un ejemplo extraído de la vida real de mis ardientes chavales imaginarios.

Venía de una novela tan exigente como *4 3 2 1*. ¿Necesitaba de un descanso de la ficción?

Sí, necesitaba un paréntesis. Tras completar la novela más extensa de mi carrera sabía que tendría que pasar un largo periodo de tiempo hasta que regresara a la ficción.

Al principio del libro escribe: «Después de pasar los dos últimos años enfrascado en cada una de las obras de Crane, habiendo leído hasta la última de sus cartas publicadas, tras apoderarme de hasta el último detalle biográfico que caía en mis manos, me encontré tan fascinado por la frenética y contradictoria vida de Crane como por la obra que nos dejó». La llama inmortal de Stephen Crane refleja esta doble fascinación porque es tanto una biografía como un análisis literario. ¿La búsqueda de semejante equilibrio estuvo desde el origen del proyecto?

Forzosamente tenían que ser ambas cosas: su vida y su trabajo. Y lo primero solo como resultado de considerar lo segundo tan relevante. Por sí misma su vida me resulta fascinante, pero la cuestión de fondo es: ¿cómo explicar la vida de un artista sin examinar su arte?

«El problema para entender a Crane radica en parte en que se desarrolló mucho más rápidamente como artista que como persona», apunta en un pasaje de la obra. ¿De qué maneras diría que este factor jugó en contra de su objeto de estudio?

Fue un «problema» solo en el sentido de que su arte era avanzado a su tiempo y, en paralelo, como cualquier persona, él pertenecía a la época concreta que le tocó

vivir. Un adolescente, luego un joven —sensible pues a las equivocaciones que todos cometemos en nuestra juventud— y, por último y trágicamente, muerto antes de alcanzar la plena madurez. Su trabajo, sin embargo, aunque nunca dejó de evolucionar, ya daba muestras de madurez cuando apenas era un chaval. Me recuerda al de Keats, Büchner o Emily Brontë. A ninguno de ellos se le concedió la oportunidad de llegar a ser adultos en toda regla.

Una de las ideas recurrentes del libro es que Stephen Crane fue un autor avanzado a su tiempo. *La roja insignia del valor*, por ejemplo, anticipa la conciencia profunda de autores como Joyce, Proust, Faulkner o Woolf. ¿Ha llegado a alguna conclusión sobre el origen del talante tan innovador del escritor?

Aquí yace el gran misterio. Crane no poseía grandes conocimientos sobre literatura, pero esto no impidió que se rebelara contra la literatura de su tiempo porque era consciente de que resultaba inadecuada, acartonada y falsa. Creo que, por encima de todo, poseía un instinto tremendo, acompañado de una vista y un oído de lo más agudos, al tiempo que hambre por la verdad —por captar en palabras la verdad de la experiencia. Pero en comparación con los autores que mencionas (Joyce, Proust...), él era más o menos un salvaje, bendecido con unos dones tan extraordinarios como preciosos.

Otro ejemplo de la modernidad de Crane es *The Third Violet*, de la que comenta que «no solo es el primer guion cinematográfico del mundo, sino probablemente la primera novela posmoderna también». ¿Es posible que no se le haya dado el suficiente reconocimiento a este respecto? En caso afirmativo, ¿a qué lo achaca?

Escribió tanto en un periodo de tiempo tan corto (apenas ocho años) y trabajó formas tan variadas que el mundo no podía seguirle el ritmo. Muy pocas personas —si es que hubo alguna— tuvieron la menor idea acerca de la amplitud de sus miras mientras vivió y, tras su fallecimiento, su figura perduró gracias exclusivamente a su novela bélica, su gran éxito literario. Por razones que siguen asombrándome, el grueso de su trabajo permanece en las sombras. De no haber sido así, jamás se me habría ocurrido escribir este libro.

Sostiene que parte del carácter inquieto y aventurero de Crane es atribuible al hecho de que era consciente de que moriría joven. ¿Hasta qué extremo diría que esta convicción moldeó su vida y obra?

Una pregunta compleja por cuanto una parte de él siempre cerró los ojos frente a este hecho. A un nivel profundo, sin embargo, creo que esta conciencia de su mortalidad temprana fue lo que lo empujó —inconscientemente— a escribir únicamente sobre la esencia de las cosas. Pero incluso bajo estas circunstancias, el sentido del humor nunca lo abandonó. Ni siquiera en su lecho de muerte.

En un pasaje del libro detalla diversos vínculos entre Crane y Albert Camus, al tiempo que emparenta la figura del primero con Sísifo, «el héroe del absurdo» estudiado en profundidad por el segundo. ¿Qué imagen proyecta Crane desde una perspectiva existencialista?

Sin ser consciente de ello y careciendo de un término con el que describir su posición, pienso que Crane fue uno de los primeros existencialistas sobre la faz de la tierra.

La obra de Crane ha ido apareciendo y desapareciendo de los planes de estudio y de los intereses lectores en general de los estadounidenses. ¿Qué beneficios cree que reportaría rescatar de nuevo su figura?

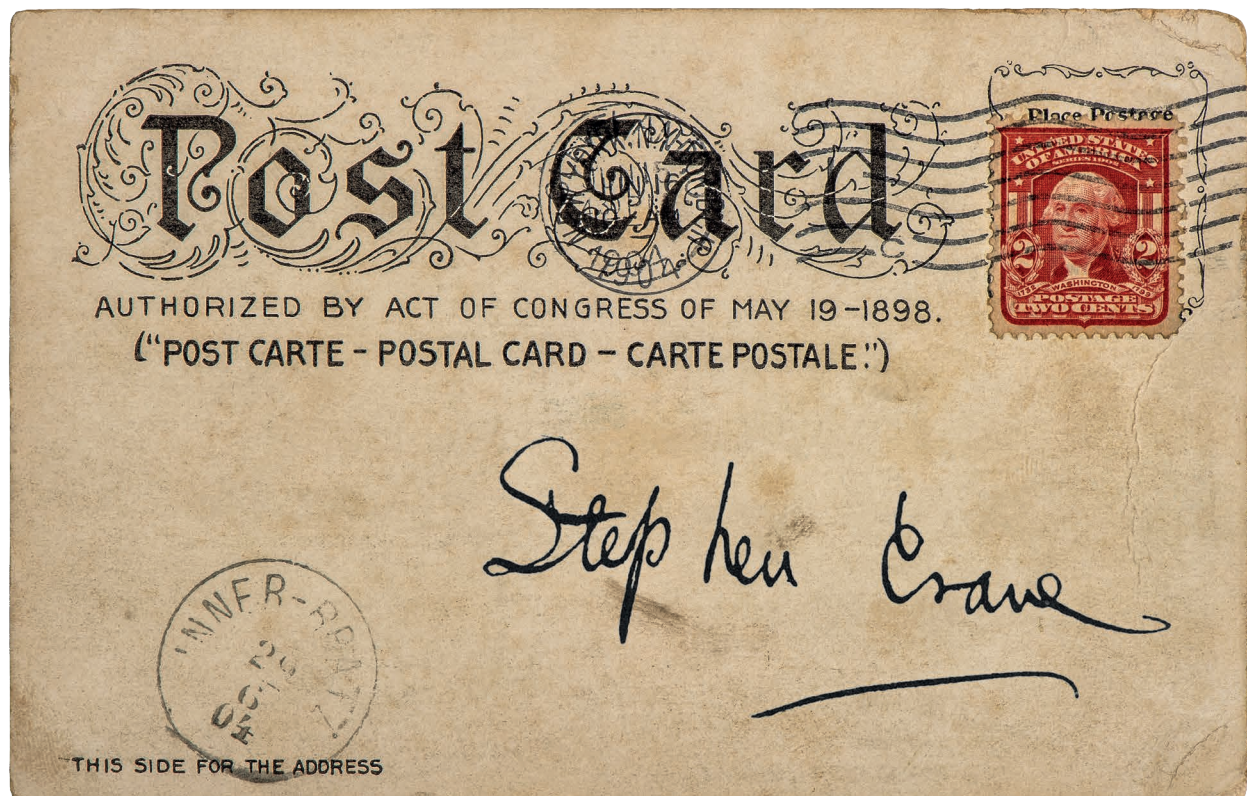
Primero: devolverle al lugar que siempre mereció en las letras americanas. Segundo: el hecho de que su trabajo sigue siendo relevante y no ha envejecido. *The Open Boat*, *The Monster*, *The Blue Hotel* y *An Episode of War* (por mencionar solo unos pocos títulos) son obras inmortales, en el mismo sentido en que sus amigos Henry James y Joseph Conrad escribieron obras inmortales, y en el mismo sentido en que Melville y Dickinson escribieron obras inmortales antes que él. La literatura siempre pertenece a un momento concreto de la Historia, a un lugar concreto en el mapa, pero las grandes obras son eternas y traspasan fronteras —por la simple razón de que cuentan la verdad acerca de la vida humana con mayor fuerza que aquellas que son simplemente buenas. Ser solo bueno es un logro genuino. Ser grande es estar tocado por la gracia—, pertenecen a un reino aparte.

Es difícil pensar que la figura y obra de Stephen Crane puedan merecer en el futuro un trabajo más exhaustivo, pero en toda persona (y artista) hay siempre zonas de sombra. ¿Qué incógnitas cree que siguen en el aire y que jamás hallarán respuesta?

Aprendí docenas de cosas sobre Crane y su trabajo que dejé fuera de las páginas del libro. Quizá algún día llegue alguien que vuelque absolutamente todo.

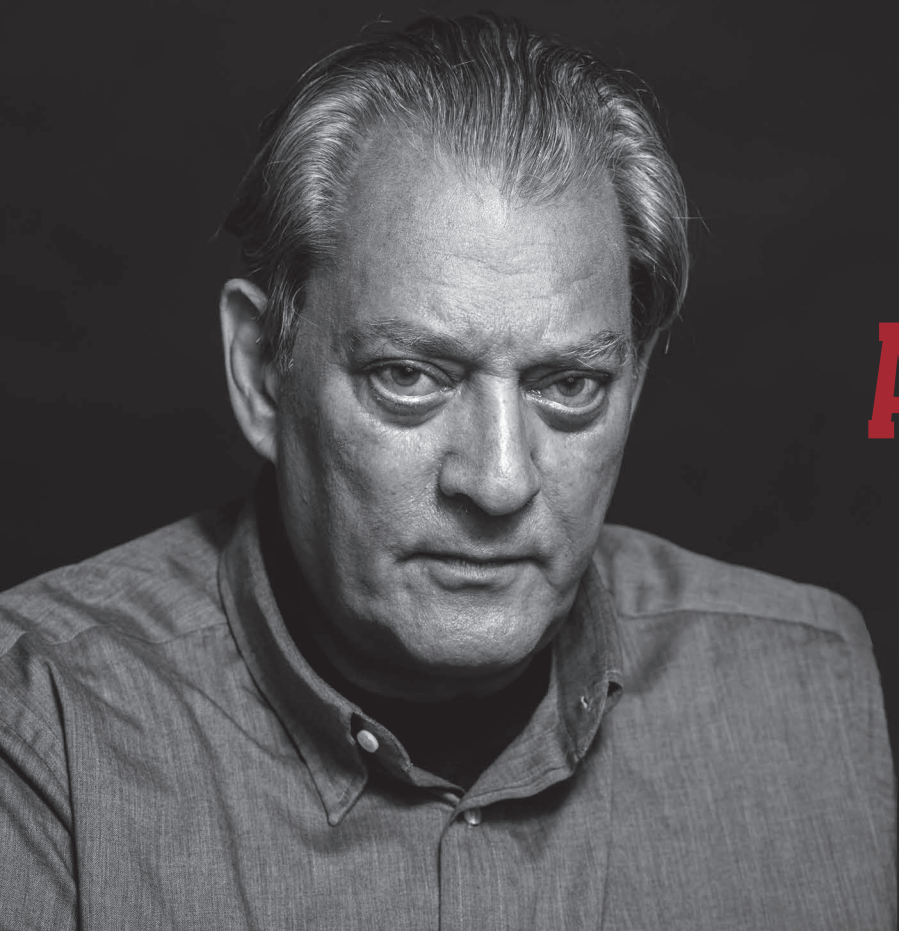
¿Diría que la obra de Crane, ya antes de lanzarse a esta empresa, se había filtrado a su trabajo de alguna manera, por sutil e indirecta que fuera?

No. Resulta curioso, pero que mi forma de abordar la escritura difiere mucho de la de Crane. Quizá por esto me despierta tanta admiración, precisamente por todo lo que nos separa.



Paul Auster es escritor, traductor y cineasta. Es autor de los libros *Jugada de presión* (1982), escrito bajo el pseudónimo Paul Benjamin; *La invención de la soledad* (1982); *La trilogía de Nueva York* (1987), compuesta por las novelas *Ciudad de cristal* (1985), *Fantasma* (1986) y *La habitación cerrada* (1986); *El país de las últimas cosas* (1987); *El Palacio de la Luna* (1989); *La música del azar* (1990); *Pista de despegue* (1990); *Cuento de Navidad* (1990); *Leviatán* (1992); *El cuaderno rojo* (1992); *Mr. Vértigo* (1994); *A salto de mata* (1997); *Tom-buctú* (1999); *Experimentos con la verdad* (2000); *El libro de las ilusiones* (2002); *Historia de mi máquina de escribir* (2002); *La noche del oráculo* (2003); *Brooklyn Follies* (2005); *Viajes por el Scriptorium* (2006); *Un hombre en la oscuridad* (2008); *Invisible* (2009); *Sunset Park* (2010); *Diario de invierno* (2012) y *4 3 2 1* (2017); y de los guiones de las películas *Smoke* (1995); *Blue in the Face* (1995), en cuya dirección colaboró con Wayne Wang; *Lulu on the Bridge* (1998) y *La vida interior de Martin Frost* (2007), que dirigió en solitario. Ha editado el libro de relatos *Creía que mi padre era Dios* (2001). Su obra poética ha sido publicada por Seix Barral en el tomo *Poesía Completa*. Es también autor de *Una vida en palabras* (Seix Barral, 2018), un volumen que recoge sus conversaciones con la profesora I. B. Siegumfeldt alrededor de su obra y del oficio de escribir. Su novela *Ciudad de cristal* ha sido adaptada al cómic y, más recientemente, al teatro.

Ha recibido numerosos galardones, entre lo que destacan el Premio Médicis por la novela *Leviatán*, el Independent Spirit Award por el guión de *Smoke*, el Premio al mejor libro del año del Gremio de Libreros de Madrid por *El libro de las ilusiones*, el Premio Qué Leer por *La noche del oráculo* y el Premio Leteo; ha sido finalista del International IMPAC Dublin Literary Award por *El libro de las ilusiones* y del PEN/ Faulkner Award por *La música del azar*. En 2006 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Es miembro de la American Academy of Arts and Letters y Comandante de la Orden de las Artes y las Letras Francesa. Su obra está traducida a más de cuarenta idiomas. Vive en Brooklyn, Nueva York.



**PAUL
AUSTER**



Seix Barral

Avenida Diagonal, 662
08034 Barcelona

www.seix-barral.es
facebook.com/seixbarral
twitter.com/seix_barral
instagram.com/seix_barral

